

La cooperación de la Academia Nacional de Medicina de México en el estudio del tifo exantemático *

Por el Dr. EVERARDO LANDA

Enfermedad acerca de la cual se haya escrito y hablado más en México, no habrá seguramente otra como el tifo exantemático; explicándose tal circunstancia porque la dolencia existe en el territorio nuestro probablemente desde tiempos precoloniales, en que parece era ya conocida con el nombre de *matlazahuatl*; si bien hay investigadores de asuntos históricos que opinan, al contrario, que el padecimiento fué de introducción hispana, lo mismo que otros males desconocidos en el prodigioso y vasto imperio del Anáhuac. Escritores hay que, buscando relaciones antropológicas de raza, creen ver semejanza entre el dicho *matlazahuatl* y la fiebre ática o fiebre de Tucídides, que diezmo a la Grecia siglos antes de Jesucristo. Lo cierto es, por otra parte, que en el decurso de los tiempos y gracias a movimientos guerreros acaecidos en México, el piojo, mísero huésped de la piel humana, siempre nos ha acompañado, y que muchas de las epidemias aquí ocurridas han sido importadas por los ejércitos en campaña.

La Academia Nacional de Medicina es, de todas nuestras sociedades científicas, la que más se ha ocupado, durante su larga vida de ochenta y un años, en el estudio de la enfermedad, como lo demuestran las páginas de la "Gaceta Médica de México", órgano de prensa de esta corporación.

No debe esperarse nada propiamente científico en estas líneas, porque no era fácil leer extensa bibliografía académica con el objeto de presentar siquiera breve resumen de cada trabajo, o cuando menos de los de mayor importancia. Contribuyo, en consecuencia, tan sólo con especie de crónica general y comentarios seguramente superficiales.

Los trabajos tifológicos empezaron inmediatamente después de que la Academia se fundó en el año de 1864; mas el estudio propiamente científico de la dolencia ya se apoyaba en firme base

* Leído en la sesión del 10 de octubre de 1945, dedicada a la Primera Reunión Interamericana del Tifo.

cuando el ilustre médico mexicano Miguel Francisco Jiménez presentó en 1844 sus notables "Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo, que se observa en México". Debe calificarse, por lo mismo, a Jiménez como el verdadero fundador de la clínica del tifo exantemático en México.

Si la Academia dijera que los **Apuntes** de Jiménez pertenecen a la bibliografía de la corporación, no se apartaría de la verdad histórica, pues casi todos los miembros de la poco duradera Sociedad Filoiátrica, donde el eminente clínico leyó el trabajo, integraban más tarde la Sección Médica de la Comisión Científica, que es el nombre bajo el cual nació la Academia Nacional de Medicina. Y a esto agregaremos que, en el año de 1864, el mismo Jiménez leía su interesante memoria "Sobre la identidad de las fiebres", la cual con el simple nombre de "Tabardillo", puede verse en el tomo primero de la Gaceta Médica de México.

El mérito de Jiménez radica en el diagnóstico diferencial, que por vez primera en este país quedó claramente definido, merced a un perspicaz y excelente observador a la cabecera del enfermo, entre la fiebre tifoidea y el tifo exantemático. Tal ocurrió en 1844, y puede verse impreso en el opúsculo de entonces; y por otro lado, al disertar sobre la identidad de las fiebres, dejó perceptiblemente definida la entidad morbosa, en incomparable descripción de síntesis, ya en lo abstracto. Es de aplaudirse, en consecuencia, que la H. Comisión Organizadora de la **Primera Reunión Interamericana del Tifo**, hubiera decidido la reimpresión de los dos principales estudios del inolvidable clínico, en folleto que ya circula entre los señores delegados y demás asistentes a la Reunión.

De los trabajos de Jiménez deriva la adopción del nombre "tabardillo", que se usaba en España para designar dolencias febriles muy variadas; y nombre mediante el cual quiso el maestro singularizar los caracteres del **tifo mexicano**. Por la sagacidad del clínico de quien se trata, no sólo resultaron descubiertas las diferencias que existen entre la fiebre tifoidea y el tifo, sino más todavía las que median entre el tifo europeo y el tifo de México. Hoy se admite sin embargo que, **mutatis mutandi**, o sea lo que atañe a circunstancias de medio, raza, costumbres etc., que la patología general acepta respecto a la nosología de cada lugar, no debe tenerse en cuenta diferencia alguna, propiamente dicha, en

el sêntido clínico, y bueno será recordar lo que Jiménez dejó establecido en sencilla conclusión: "Que en México los fenómenos que dependen del aparato nervioso y los de reacción, son preponderantes: que en Europa por el contrario, la gravedad de la fiebre tiene por lo común su origen en el aparato digestivo." Además, en su estudio de 1864 describía los rasgos peculiares en la fisonomía de nuestra fiebre. Suma de razón y justicia, tuvo, por lo mismo, el médico filósofo, fundador del Positivismo en México, el insigne don Gabino Barrera, al decir ante el cadáver de Jiménez que los apuntes precedentemente mencionados "serán siempre un modelo de sinceridad científica y del método de observación pura." En nuestra época lo estamos confirmando, y en esta sesión tenemos que aplaudirlo.

La Sección Médica de la Comisión Científica discutió y dejó sentada la siguiente declaración: "La Sección de Medicina opina que el tabardillo o fiebre de México, se parece más al tifo (*Typhus fever* de los ingleses), que a la fiebre tifoidea de Francia;" habiendo mostrado en la discusión su buen criterio de clínicos don Manuel Carmona y Valle, Villagrán, Jourdanet, Claudel, Ehrmann y Liberman. Recordaremos que franceses, belgas y austriacos se cuentan como fundadores de esta benemérita sociedad.

La conveniencia, el interés, dijérase más bien, de proseguir fructuosamente el estudio del tifo, sugirió a la Academia el nombramiento de una **comisión permanente** para la organización de los trabajos respectivos; comisión que integraron los renombrados académicos D. Rafael Lucio, D. Agustín Andrade, D. Ildelfonso Velasco, D. Manuel Carmona y Valle y D. Demetrio Mejía; y respecto a la manera de proceder, resolvieron convocar anualmente a los médicos de la República para que remitieran "una nota sobre todos los casos de tifo" que observaran; habiéndose establecido un premio de **quinientos pesos** en favor de quien presentara "el mayor número de observaciones de las cuales pueda deducirse alguna conclusión que haga adelantar el conocimiento de la enfermedad en cuanto a su naturaleza, su etiología, su profilaxis, o su tratamiento." Ofreció además un diploma y una medalla de cobre con estas inscripciones: "Academia de Medicina de México. Honor al trabajo.—Por haber contribuido al estudio del tifo en la República Mexicana." Tres convocatorias aparecieron: en 1879, en 1881

y en 1882, y diez memorias constituyeron el acervo del primer concurso; mas a pesar de que el estudio del Dr. Egea comprendía cincuenta casos clínicos muy bien arreglados según los alcances de la época, el autor no fué acreedor al premio que se ofrecía.

Memorias de importancia se enviaron para los otros dos concursos, entre las que citaremos la de D. Anastasio Martínez y la del cumplidísimo y bondadoso médico, de tan grata memoria, D. José Olvera. Este último académico, siempre atento al orden legal y moral en el ejercicio de la profesión, presentaba, en 1888, "algunos apuntamientos sobre una cuestión importante: testamento de los tifoideos," conforme al título que escogió y llamando "tifoideos" a los pacientes de tifo.

En 1889 ya no aparece en funciones la Comisión Permanente; mas no por eso se abandona el problema, y entonces se publicaba, con el carácter de concurso anual reglamentario, algún tema importante. La primera cuestión fué la que sigue: "¿El tifo es una enfermedad de origen micróbico? Si es así, ¿cuál es el microbio que lo origina, y cuáles sus caracteres?" No hubo aportación de ninguna especie; pero en 1890, vulgarizadas ciertas ideas de Pettenkofer, publicaron la convocatoria con el tema que a continuación se enuncia: "Comprobar con observaciones precisas, si en la ciudad de México o en alguna otra de la República, hay concordancia entre las oscilaciones de la capa de agua subterránea y el grado de frecuencia de los casos de tifo, como está comprobada para Munich y Berlín, por Pettenkofer, Voigt y otros observadores." La única memoria con que se obsequió la citada convocatoria debióse al estudio, en colaboración, de los señores Fernando Zárraga y Luis E. Ruiz, que resultó premiada. Los autores concluyeron formalmente que: en la ciudad de México y durante el período de noviembre a septiembre de 1891, "hubo concordancia entre las oscilaciones de la capa de agua subterránea y el grado de frecuencia de los casos de tifo, la cual consistió en que a medida que la capa de agua descendía, el número de casos de tifo crecía; y por el contrario, con los ascensos de la capa de agua, coincidía el menor número de atacados por el tifo." Generalización atrevida, como se ve, dado que se apoya en sólo aquello que acaeció en un año, y así lo hicieron notar algunos académicos; pero quizás, por la buena factura del trabajo, que podía tomarse como modelo para

futuras observaciones, se concedió el galardón que la convocatoria prometía.

Ocupáronse los académicos en disímiles y variadísimas cuestiones. Terapéutica, en efecto; estadísticas diversas; patogenia, etiología y profilaxis; evolución clínica, diagnóstico y pronóstico; transmisión del enfermo al hombre sano; influencia del hacinamiento y de la insalubridad de habitaciones y lugares de reuniones públicas; el desaseo corporal; geografía médica en sus relaciones con la endemia y la epidemia; complicaciones clínicas; anatomía e histología patológicas; hematología; intervención del piojo; el tifo en los niños; acción del suero de convalecientes; vacunaciones preventiva y curativa; citología de la médula ósea; etc., etc. Y nombres de académicos, entre muchos, que nos place recordar: Licéaga, Terrés, Hurtado, Lugo Hidalgo, Ruiz, Gaviño Iglesias, Otero, Prieto, Río de la Loza, Soriano, González Fabela, Zárraga, Orvaños, Mendizábal, Ramírez, Toussaint, Peón del Valle, Ramos, Vértiz, Gayón, Monjarás, José de Jesús González, Escalona, Pardo, Ulrich, Perrín, Arroyo, González Guzmán, Varela, Paz, Saloma, Mooser, y muchos más. Veinticinco muertos y siete que gozan aún de venturosa vida.

En su jamás decaído empeño por la solución del interesante problema, señaladamente sobre etiología, se prosigue la tarea con la publicación de convocatorias anuales, y en 1883 propónese nueva cuestión: "¿Cuál es el mejor tratamiento del tifo?" En 1902: "Morbosidad y mortalidad del tifo en México; su distribución en las casas y calles de la capital; sus relaciones con el aseó; miseria y hacinamiento de habitantes en cada localidad." Y en 1906: "Fundar con toda clase de pruebas prácticas las principales indicaciones para la terapéutica del tabardillo (tifo)." Por su parte, el periódico "El Universal," dirigido en esos días por el Sr. Ing. Félix F. Palavicini, abrió un concurso bajo los auspicios de nuestra Academia, para premiar al descubridor del microbio tifógeno.

Pero los trabajos de mayor trascendencia, caracterizados por lo vehemente y, a las veces, apasionado de la polémica, fueron los que vinieron en cumplimiento de dos célebres convocatorias, en los años de 1906 y 1909, sugeridas por el Presidente de la República y con premios hasta la suma de cincuenta mil pesos, que habrían de repartirse entre el descubridor o descubridores del ger-

men; los que hubieran logrado producir inmunidad contra la dolencia; y los que ayudaran a resolver estos problemas. Apareció tercera convocatoria en 1913, que modificaba los términos de la cuestión, en esta forma: descubrimiento del agente específico; mecanismo exacto de la transmisión; y el tratamiento verdaderamente eficaz. En este último concurso no se presentó ninguna memoria; y en cuanto a los dos primeros, hubo interesante y nutrida contribución aun procedente del extranjero. El dictamen en el concurso de 1906 quedó a cargo de los honorables académicos D. Eduardo Licéaga, D. José Terrés, D. José Ramos, D. Manuel Toussaint y D. Octaviano González Fabela; y en grueso apéndice del Tomo III, 3a. Serie, de la *Gaceta Médica*, puede verse el erudito y feliz documento, al que D. Joaquín Vértiz calificó de preciso y elegante, y cuya redacción fué encomendada al maestro internista y oftalmólogo distinguido D. José Ramos, varón de insignes presencias no sólo en lo que atañe al conocimiento, sino también en lo que caracteriza al hombre de buen decir. Pero nadie resolvió los problemas planteados, y sólo alcanza mínima porción del premio el infatigable médico potosino D. Miguel Otero, que había empleado hacienda propia, con mucho de largueza y afán desinteresado, y quien más tarde, en la epidemia de 1915, derivada de la ocupación de nuestra metrópoli por las fuerzas abigarradas del Ejército Constitucionalista en triunfo, murió de tifo. El señor Otero creyó identificar como germen su nombrada *Amoeba mexicana petequialis*. Pero como, a su turno, los señores Gaviño Iglesias e Ignacio Prieto habían cumplido serios trabajos sobre bacteriología, la polémica resultó interesante y apasionada bajo muchos aspectos. Los estimables contendientes se habían engañado por supuesto; y fué preciso esperar el advenimiento de los trabajos de Ricketts, para entrar definitivamente en la era científicamente bacteriológica de la investigación. No bastan, como antes se dijo, los escasos renglones de este resumen, en el que sólo mínima porción de los trabajos académicos se menciona; pero no pasará inadvertido que un sabio de renombre universal, Charles Nicolle, cooperó en el concurso de 1909, cuando ya tenía la convicción de la influencia del piojo en la transmisión de la fiebre exantemática. Como principal trabajo envió una memoria, no inédita, que se había publicado en los Anales del Instituto Pasteur: "Investigaciones experi-

mentales sobre el tifo exantemático, emprendidas en el Instituto Pasteur de Túnez durante el año de 1910." Tal memoria llegó acompañada por una carta del ilustre Roux, en la que este señor afirma: que "El rigor de las experiencias del Sr. Nicolle no deja ninguna duda sobre la exactitud de los resultados que él anuncia, y yo creo que él merece el premio propuesto por la ilustre Academia de Medicina de México." Sin embargo de tan autorizada y meritoria opinión, los académicos que pronunciaron dictamen, y que en esta vez fueron D. Manuel Toussaint, D. José P. Gayón, D. Octaviano González Fabela, D. Ernesto Ulrich y D. José I. Saloma, sostuvieron que los trabajos del sabio francés no demostraban la acción transmisora del piojo; que los estudios de Nicolle se apartaban mucho del rigor lógico de la experimentación; y que por medio de ensayos practicados por los autores del dictamen, se demostraba que monos inoculados en México con sangre de hombres sanos, presentaban idénticas líneas febriles a las que Nicolle juzgaba características de la infección tifosa en los simios que le sirvieron para sus trabajos en Africa. La conclusión de Nicolle no demostraba, por tanto, que el piojo, como se pretendía, fuese el verdadero transmisor de la rickettsia, aunque el descubrimiento fuese más tarde plenamente confirmado. Faltaban por menores de laboratorio y del conspicuo razonar de los sabios; como si el mísero insecto los tuviese ocultos en las entrañas, evitando que el microscopio, los cultivos y las inoculaciones, en unión de la Lógica exigente, pudieran sacarlos del escondite que durante siglos los ocultaba con tanta reserva. Entonces será bueno aclarar aquí un punto en que la Academia resultaba comprometida. Se dijo posteriormente, y eso ocurrió en el Tratado de Medicina de Roger, Vidal y Teyssier, en el Fasc. II, del año de 1922, que la Academia de Medicina de México no había aceptado al piojo como transmisor del germen productor del tifo. Seguramente que en esto se incurría igualmente en escasez de lógica y de informes seguros, pues no se declaraba que el dicho piojo no fuera el conductor del microbio patógeno, sino que Charles Nicolle no había logrado demostrarlo satisfactoriamente. La Lógica es dura en cosas de experimentación; y si Nicolle no alcanzaba lo razonable lúcidamente en materia científica, menos podremos conceder que los médicos nuestros, D. Francisco Marín y D. Domingo Orvaños, antes de Nicolle,

ya conjeturaban que las pulgas y las chinches podían y aun probablemente resultaran agentes de transmisión exantemática. También Fracastor, en su siglo décimosexto, decía que las enfermedades infectivas se transmiten por corpúsculos.

En pormenores de experimentación debo recordar a mi maestro D. Manuel Toussaint, que en 1906 y en su propia persona usó pulgas, chinches y moscos que previamente picaron a tifosos, y aspiró gases respiratorios de enfermos, a más de ingerir pan untado con escamas de la piel y moco faríngeo de exantemáticos. Por fortuna salieron negativos sus abnegados atrevimientos; y ahora que la realidad se conoce, diríamos que Toussaint caminó sin lógica, pues en el caso desventurado de haber salido enfermo, nadie podía asegurar si el maestro pudo adquirir su tifo aparte de sus experimentos en propia *ánima vili*, supuesto que vivía en un medio tifógeno, del cual no procuró aislarse convenientemente.

Tampoco fué lógico cierto estimable colega que me relató confidencialmente un hecho experimental a que voluntariamente se sometió y que alcanza las proporciones de lo anecdótico. Los estudios más formales no dejan de ofrecer, en verdad, aspectos positivamente jubilosos. Y fué que en 1915, con motivo de la mortífera epidemia a que antes me referí, y como efecto de los concursos académicos y de los trabajos acerca del piojo, se había despertado cierto empeño de experimentación variada, y a las veces, absurda e incomprensible. Diré lo que hizo el colega a que me refiero, quien por otro lado, es notable clínico en asuntos de tifo exantemático. Pues bien: el extremoso compañero, con el fin de estudiar los efectos tifógenos del desaseo, optó por no bañarse durante un año y cambiarse ropa muy de vez en cuando, y a pesar de que seguía frecuentando a tifosos, pues acostumbraba verlos en el hospital. No enfermó; pero sufrió tortura dantesca y con la circunstancia de que su familia temiera que ya flaqueaba la razón del singular galeno. Se ve que este cruel experimento nada prueba científicamente: ni que el desaseo es positivo o negativo (aunque sí negativo del bienestar higiénico), ni que el piojo se confabule con la suciedad, por razones que es inútil mencionar. Y este experimento, a lo sumo, tiene igual valer que ciertas estadísticas que suele uno ver en libros o en periódicos de medicina; por ejemplo:

si en quince casos observados respecto de un fenómeno cualquiera, los positivos son siete, de aquí derivan el tanto por ciento; o como si dijéramos —*toute proportion gardée*— que porque murieron diez enfermos de tifo en diez casos sometidos a observación, la mortalidad resulta del ciento por ciento.

La Academia de Medicina, por consiguiente, guarda preciado acervo de trabajos referentes a la dilucidación del problema tifoso, acerca del cual ha estado no sólo empeñada, sino, más aun, comprometida ante la Ciencia; y de leer cuidadosamente trabajos y más trabajos y discusiones y más discusiones que figuran en la *Gaceta Médica*, se aplaudirá el esfuerzo de todos aquellos académicos que ofrecieron salud y vida personales en aras de la Ciencia y de la humanidad que padece. Por otra parte, si agrupamos los estudios cuando menos en dos series: una de clínica, y acerca de etiología la otra, tendremos los médicos de la presente generación y los que aún representamos a las pretéritas, que, sobre puntos de clínica, el médico mexicano sabe muchísimo y es de los selectos, como heredero de Jiménez, bajo muchas circunstancias; y tocante a factores etiológicos, si no se pudo apreciar la influencia del piojo, no obstante el estar viviendo en lugares invadidos desde siglos atrás por el insecto chupador de la sangre humana, nada dejan que desear los trabajos donde se juzga la acción de cada causa coadyuvante o predisponente. Largos años dieron materia para ver de aclarar la acción de los miasmas, luego la de los virus, luego la del fecalismo, después la del desaseo y la miseria, y la intervención de las lluvias en sus relaciones estrechas con el nivel de la capa del agua subterránea. Propiamente ya nada había que decir, señaladamente cuando se estudia el trabajo de Terrés sobre la "Etiología del Tabardillo", lógico resumen de cuanto por entonces se afirmaba o se discutía. Sí conviene insistir en que para nadie pasaba inadvertida la influencia decisiva de la **aglomeración**, o en otros términos, de la **masa humana**; así como el recrudecimiento de la endemia consecutivamente a movilización de fuerzas militares. Guerras intestinas y la de la desventurada intervención francesa, que terminó con la muerte demasiado trágica de un príncipe de la Casa de Austria, trajeron tifo y mortandad. Recordaré que después del glorioso 5 de Mayo de 1862, el general triunfante, Ignacio Zaragoza, cayó víctima del tifo.

Veces hay en que nos preguntamos: ¿por qué tan minuciosos observadores jamás pensaron en la intervención del piojo, a pesar de que lo veían pulular en nuestro pueblo? Los cauces de la buena observación parecían infaustamente desviados; pero es que la Ciencia como la Naturaleza, de la cual deriva, nunca procede a saltos; a más de que cuando una época fija su criterio en una hipótesis, sobre una teoría, sobre un principio filosófico determinado, se constituye una verdadera conciencia colectiva, aun a las veces dogmática, de donde muy pocos deciden apartarse, y eso a riesgo de que el mundo los juzgue como rebeldes o cismáticos. Así es que la conciencia o el criterio de los de entonces se había adaptado completamente a la teoría del miasma, y el miasma era algo como fantasma del mal, y no había que apartarlo sino para precaverse de él. Pero el genio siempre e indispensablemente surge, y Claudio Bernard, Laennec, Pasteur, la señora Curie, Jiménez, abren los nuevos senderos, y los destinos de la humanidad cambian en consecuencia. Son los grandes revolucionarios que, como suele decirse, se adelantan a su época, poniendo la Ciencia al servicio del hombre para construir, mejorando las condiciones de nuestra vida.

La lectura de los trabajos académicos revela esfuerzo para investigar relaciones de causalidad entre fenómenos variados: como las que se ha creído existen entre las lluvias y el tifo, entre el tifo y las aglomeraciones, y las condiciones de insalubridad y las epidemias. Ahora pensamos de otro modo, y todo aquello lo vemos secundario, aunque no debemos menospreciarlo, ya que los factores secundarios no carecen de importancia general. Hasta parece que los antiguos, al reflexionar acerca de las malas condiciones higiénicas, se extraviaron en razonamientos sumamente débiles para nosotros; y hasta se cree en ocasiones que no logrando sus fines, llegaban a lo ignoto y se detenían en el umbral de las causas primeras. Sin embargo, cuando Jiménez examina lo que llama "la célebre cuestión del contagio de la fiebre"... ingenuamente confiesa que cada día se siente en mayor perplejidad sobre el asunto, agregando: que "jamás he visto por una parte, que los enfermos admitidos en los hospitales comuniquen su mal a sus vecinos" . . . además, es muy común en las familias ver a muchos o a todos sus miembros colocarse, por los asiduos cuidados que prodigan a sus enfermos, en las circunstancias más favorables al contagio,

sin que éste se verifique; mas por otra son bien sabidos los casos de alumnos y empleados en San Andrés, que han contraído allí el tabardillo, y no es raro... especialmente en los años en que el mal se ha generalizado, ver en una casa caer sucesivamente a todos o a muchos de sus habitantes". En este pasaje se perfila al hombre que no intuye, sino que razona al presumir que algo más íntimo ocurre, y en cuyo conocimiento no era fácil adentrarse, porque la Ciencia en aquellos años de alborada, no había establecido la verdadera experimentación, creadora de principios y firmes conclusiones. Añade entonces a las palabras anteriores: "En estos casos, ¿ha existido la comunicación por contagio o infección del principio morbígeno del tabardillo? ¿O éste se ha generalizado en virtud de que las personas se hallaron bajo la influencia de una causa común? Para mí es imposible resolver estas cuestiones". Alcanzaba los límites de lo ignoto, pero no incurría en la torpeza de los prejuicios; y ni tan siquiera formulaba una hipótesis, dado que carecía de base experimental. Hoy que ya conocemos la causa común que Jiménez presentía, mucho más lo admiramos y lo aplaudimos sin reservas.

Mucho más tarde, a su vez, otro clínico y académico respetable, que siguió reflexivamente a Jiménez, o sea D. José Terrés, en el luminoso folleto sobre "La etiología del tabardillo", dice que "Tampoco debe olvidarse la afirmación muy justificada que en el año de 1906 hicieron Thoinot y Dubief, al comentar la obra de Murchison, aseverando que apenas se iniciaba el período científico en el estudio de la etiología del tifo". Entra en menudo análisis de todos aquellos factores etiológicos de que se hablaba, y el lector que sepa justipreciar el valor de un proceso de razonamiento bien apegado a la lógica del hombre sereno y reflexivo, verá cómo, paso a paso, Terrés viene exponiendo que ninguno de los factores enunciados puede tomarse como causa del padecimiento infectivo que se comenta, pues en todas sus exposiciones arguye con ingenio, da luz a quien duda, y destruye prejuicios inconducentes. En ese opúsculo, gracias al cual ganó una cátedra por concurso en la Escuela Nacional de Medicina, el autor viene asentando su criterio sobre que otra causa aun desconocida sería la única capaz de aclarar las dudas prevalecientes en tantos años de suposiciones y conjeturas. Escogiendo cualquiera de sus

pasajes, copiamos las palabras del siguiente: "Es tan especial la aglomeración en el desarrollo del tifo, que ya es ocioso insistir en probarlo, y no hay más que recordar que ninguna otra dolencia ha merecido, como él, la aplicación de nombres que recuerdan especialmente tal particularidad: fiebre de los ejércitos, fiebre de las prisiones, etc."; y después de analizar este factor causal, agrega: "No son mejor conocidos los requisitos que ha de tener la aglomeración para ser origen del tifo".

Realmente, ya descubierto y especificado en la actualidad el agente de la transmisión, sería ingenuo atribuir ignorancia, atraso, desvío a los antecesores nuestros, o preguntarnos: ¿por qué aquellos hombres no pensaron en el piojo conductor, supuesto que en las aglomeraciones pulula como compañero inseparable y obligado de la miseria y de la incuria? Pero tampoco ninguno de nosotros lo había pensado antes de Nicolle, Ricketts y Da Rocha Lima. Y es enteramente lógico Terrés cuando afirma: "Voy a seguir ocupándome del desaseo; pero antes quiero insistir en que ni toda acumulación es causa de tifo, como acaba de verse, ni todo tifo es resultado de acumulación, como lo voy a probar". Aquí también deja entrever la causa prepotente, por entonces ignorada, y que nos explica por qué las aglomeraciones dan pábulo a que la endemia se exacerbe, atacando a las personas desprovistas de inmunidad, según leyes epidemiológicas bien conocidas.

Y después de lo dicho no sería preciso incurrir sobre una idea que puede tomarse por vulgaridad: que los observadores de pasados tiempos no cometieron errores propiamente, ni fueron candorosos, mucho menos ignorantes y desatinados, sino que eran producto de su época, en la que un criterio distinto del nuestro los señoreaba. Pero sí debemos ser reconocidos ante su labor y ante sus dudas, ya que los estudios que emprendían son bases del actual conocimiento. Casi conviene decir que, en los presentes años de maravillosos descubrimientos, y al imaginar cómo bulle la materia cósmica, y se integra y se desintegra, que tal vez no piensan tan mal aquellos que quieren dar la exacta y racional explicación del Universo.

Y doy fin a desmañados renglones, mostrándome harto complacido de haberlos leído en honor de los sabios tifólogos que al

presentarse en nuestra capital y en esta Academia, han procurado traer indeficiente luz de sabiduría para ver de resolver puntos aun dudosos en el estudio del tifo exantemático, ese mal que ya califican algunos observadores de enfermedad agonizante, si no es que propiamente fosilizada hasta la inactividad.

N O T A

Viejo y dilecto amigo mío, el sabio fisiólogo y doctor Fernando Ocaranza, me expresó favorable opinión después de haber escuchado la crónica tifológica que antecede: habiendo agregado que, a pesar de algo que se dice en ella, Terrés no sospechó que fuera el piojo el verdadero transmisor del tifo; y aunque este su parecer lo manifestó únicamente en presencia de excelente amigo de ambos, el distinguido cirujano Gabriel M. Malda, me parece bueno ampliar en esta nota mis ideas.

Dos hechos diferentes se ofrecen a breves comentarios; y cambiándoles su orden cronológico, veámoslos a continuación.

1o.—Terrés en 1921 ante el Segundo Congreso Nacional del Tabardillo. En aquella ocasión y en sendos eruditos trabajos, Terrés y Ocaranza analizaron la cuestión etiológica, aun debatida —el menos en México— respecto a la intervención del piojo. Ocaranza dirigía los servicios sanitarios, como Jefe de la Oficina de Enfermedades Transmisibles, en el Departamento de Salubridad Pública, cuya jefatura desempeñaba Malda; y en su trabajo del congreso citado, concluyó de esta guisa: "El piojo es el único agente conocido para la transmisión del tabardillo." Y en cuanto a D. José Terrés: "...creo sin vacilación que es prudente afirmar que no está probado que el piojo engendra el tabardillo, y, por consecuencia, tampoco está probado que constituye el único peligro para adquirir ese mal." Así es que no negaba categóricamente, sino que se limitaba a opinar que el hecho no estaba demostrado, lo cual es diferente.

2o.—Terrés en 1906, con su folleto "Etiología del tabardillo;" es decir, quince años antes y cuando los higienistas y los clínicos admitían la acción indemostrada de los miasmas, el fecalismo y la aglomeración de seres humanos, aunque nadie hubiera logrado explicar el porqué de esa misma aglomeración. Pero Terrés analizó menudamente las diversas causas que por entonces fungían en el escenario de la endemia y las epidemias; siendo de justicia convenir en que por no disipar esas causas sus dudas, ya que merced a ninguna era fácil dar con mecanismos de transmisión, concretó su parecer en la simple noción de una causa desconocida. Insistiré sobre que Jiménez también pensó en la causa común, al no haber hallado explicación en ciertos hechos relativos al contagio.

Jiménez, por otra parte, se convenció de que hay diferencias clínicas entre el tifo mexicano y el tifo exantemático de Europa; y Terrés, adentrado en el espíritu de aquel sabio maestro, pudo a su vez encontrar variedades tales en la forma clínica, que no veía muy bien caracterizada la individualidad nosológica, y por eso, apoyado en las desemejanzas que observaba, prefirió la designación general de síndrome tifoso. Pero más tarde y poco antes de caer enfermo de la dolencia que dió fin a sus días, me dijo que, de quedar aceptada la acción del piojo, sería preciso pensar en la intervención de otros insectos transmisores, a más de aquél.

En resumen: que si Terrés presumía la causa desconocida (sin prejuzgar por nuestro lado que por esto pensaba en el piojo, pues en 1906 no era fácil llegar a eso), es digno de aplauso, ya que entonces se conocían muchos gérmenes patógenos y se tenía conocimiento respecto a la posibilidad de adquirirlos por insectos intermediarios, ¿qué no diremos de Jiménez, supuesto que en 1844 la etiología microbiana de las enfermedades transmisibles era desconocida? Debemos, por consecuencia, admitir que sólo un buen observador ante los hechos naturales, más el razonamiento que deriva del método filosófico de hombres selectos, sirvieron a los dos clínicos para despejar algo el camino donde los médicos de aquella época andaban a tropiezos.

Por último, si juzgo a Terrés como atinado en razones, no es precisamente por cariño, gratitud, amistad o simpatía, sino, principalmente porque lo conocía, a más de en sus escritos, en muy jugosas y amenas conversaciones que sostenía con sus amigos y sus discípulos; de modo que mucho le oí expresarse en temas de tifología, de lógica y de costumbres.

E. L.